

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

cuestión de vida

SOLO a medias, de manera intuitiva y sorprendente nos damos cuenta de la rigidez con que los descubrimientos científicos hacen que nuestra época se aleje velozmente —y sea, en cierto modo, contrapunto— de las anteriores. Cada día es mayor en los periódicos el número de noticias que nos llegan sobre la muerte de gentes cuya vida sobrepasa los cien años. Recordamos los tiempos, no muy lejanos, en que aparecían en los diarios otras noticias, tales como que había sido atropellado, por ejemplo, «un anciano de sesenta años». Hoy día un hombre de sesenta años no solamente no es un anciano; es un individuo en pleno vigor, intelectual y físico. Esta cuestión había preocupado anticipadamente a escritores como Georges Bernard Shaw, que en su «Vuelta a Matusalem» y en «Hombre y Superhombre» debate la consideración de un hombre longevo, superior —no exactamente el de Nietzsche— y augur de edades nuevas. En cierto modo fue también el gran escritor inglés un anticipo personal de supervivencia. Mas todo ello no pasaba de ser simple —y magnífica— literatura. Son ahora los científicos los que abordan con autoridad la cuestión. Leemos, en reseña periodística, que se está produciendo una corriente científica, en la que coinciden sabios de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, que concreta un punto que ciertamente puede considerarse literalmente vital para la especie humana. En pocas palabras, aseguran esos sabios que la muerte natural no existe.

La cuestión nos dejaría atónitos si no nos llegaran al ánimo —como por debajo de la puerta llegaban las novelas por entregas— una serie ininterrumpida de novedades tenidas poco ha por utopías y arbitrariedades. Sin darnos cuenta, mantenemos nuestra mentalidad rutinaria, avejentada y acostumbrada a un mundo anterior, sin percibir la ruptura brusca de dos tiempos. Ello lo apreciamos cuando las estadísticas nos dicen que exactamente la mitad de los productos que están en el mercado, en Europa, no existían hace veinticinco años; son completamente nuevos. Otra estadística sorprendente nos dice que, en veinte años, la talla media del hombre europeo ha aumentado en cinco centímetros. La duración media de la vida, en estos mismos años, ha pasado de los sesenta y ocho a los setenta y dos años; y ello aunque las muertes producidas por enfermedades cardíacas hayan acrecido en un 60 por 100 en la misma época. Mas todo ello es secundario al lado de la increíble tesis de los hombres de ciencia de ambos lados de la estrategia bélica que aseguran la inexistencia de la muerte natural.

Ciertamente los adelantos químicos, clínicos y quirúrgicos han sido fulminantes en las últimas décadas. Los injertos y el aprovechamiento de órganos sanos en sustitución de los enfermos abren una perspectiva que imaginamos asombrosa. Hay gentes en el mundo que ya viven con esos órganos de recambio. Mas no se trata ahora de eso, sino de la consideración que los científicos aludidos han hecho relativa a una especie de clasificación de las muertes, que ellos desglosan de ese modo: primera, la muerte aparente, que no es más que una atenuación de las funciones vitales; segunda, la muerte relativa, consecuencia de que ciertos órganos suspendan momentáneamente su función vital; finalmente, la muerte absoluta, en la que las células se transforman y descomponen.

Si ello fuera cierto —o si ello tiene efectivamente un soporte científico serio, cosa que no nos extrañaría, después de que se manipula ya con éxito en el corazón humano hasta hacerlo en ciertos casos revivir—, la antesala, la indecisión de la vida sería casi tan agobiante, aun en plena inconsciencia, como el mismo hecho de la muerte que el hombre trata de evitar. Los nuevos Lázaros, así devueltos a la vida, podrían ser la fantasmal alegoría de aquel «Compte Arnau» del poema maragalliano, condenado a cabalgar por vida durante toda la eternidad. ¿Y cómo cabremos todos en el inquieto, pero prolífico planeta que habitamos? Los elementos humanos «reparables», y por tanto arrancados a cualquiera de los tres tipos de muerte que señalan los científicos —o por lo menos a los dos primeros—, no dejarán de sentir, sentenarios ya, el acoso vital de las crecientes muchedumbres, pavorosamente necesitadas de auxilio físico y moral y escandalosamente desamparadas, que van naciendo todos los días en proporciones fabulosas.

Quizá lo que importe subrayar con mayor trazo a los biólogos es el hecho incuestionable de la fortaleza y del empeño mismo de lo que el propio Bernard Shaw llamaba, literalmente, la «fuerza vital». Más que la voluntad de vivir y la superioridad del intelecto, en que el escritor formulaba su tesis, parece ser que esa fuerza vital está en las mismas raíces, por ahora indescifrables, del ser humano. Según un biólogo de la antigua escuela, Raymond Pearl, que estudió este problema, cuando un miembro de una familia de larga vida se une a otro cuyos predecesores han tenido, por naturaleza, una vida breve, los hijos del matrimonio se caracterizan por la larga duración de sus propias existencias. Ello indica que la vida, las causas de la vida, prevalecen corrientemente sobre las causas de la destrucción de la vida. Noticia ésta alentadora también ya que, a medio siglo de distancia, coincide con la que acaban de difundir a través de las agencias de prensa los sabios de los dos continentes.

la lección de la primavera

De todo lo cual lo único que se deduce es que, en sí misma, no es importante ni fundamental que la vida sea larga o corta; lo que importa es que sea verdadera. Las plantas agrestes tienen empeño vital y espontáneo y también debiera de ser como ellas la vida de ciertos hombres. Pero la cultura —el cultivo— provocará en ciertas especies de hombres una ascensión vital, seguramente en la línea que preconizaba, no sin cierto espíritu burlón, el dramaturgo inglés.

En cualquier caso, todos los años en este tiempo se manifiesta algo así como la reaparición de la vida: es la lección de la primavera. Rejuvenece al mundo en que vivimos y de esta exaltación no escapa, afortunadamente, el ser humano. Hemos ido a las laderas del monte y hemos visto amarillear la vertiente con el puñado silvestre y milagroso de la retama. Las mujeres, los chiquillos, los hombres la bajaban en brazadas a la ciudad como un botín de la vida atrapado, símbolo de

¿qué hacer con tantos años?

Mas, ¿qué haríamos nosotros con tanta vida a cuestas? El escritor O'Neill en su «Lázaro río», nos da sarcástica y obsesivamente —desconcertante— la imagen del resucitado. ¿Podría el hombre de hoy prevalecer sobre el agobio que se ha fijado de acuerdo con un calendario estricto, en el que apura afanes económicos, reacciones sentimentales, ambiciones dispersas y frenéticas? ¿Qué haría aquél a quien se anunciara de pronto que iba a tener que vivir doscientos años?

La cortesía de la vida es hasta ahora tanta que permite al hombre mantener un equilibrio —no siempre fácil, ciertamente— entre su vigor y sus debates cotidianos. ¿Qué haría el hombre superdotado, el futuro ancianísimo patriarca, víctima, más que beneficiario, de su plusvalía temporal?

En la más reciente película de Vittorio de Sica asistimos, en farsa convencional y atrevida, a la reacción individual y colectiva de una ciudad, ante el hecho, de pronto surgido, de un supuesto Juicio Universal. A todos los personajes afectados por el anuncio sobrenatural del fin de la historia, les acontece que no cuentan con la posibilidad de aquella inesperada cita. La gracia del lance está precisamente en que todos ellos demuestran lo ocasional que es su despego de la vida, sólo manifestado en los instantes concretos del balance. Mas luego la vida sigue, con sus obsesiones corrientes, con sus cómicas minucias temperamentales. Yo no sé si tendrán o no razón los biólogos, pero lo que se observa en la calle es la virtualidad, la terquedad del acontecimiento que es vivir.

la propia juventud. Es la hora en la que la flor de la clavellina llega también por los caminos en los carros lentos del arrabal, por los mismos valles que traen a la ciudad las sintéticas elaboraciones industriales. Advertir el alijo de algo tan esplendoroso y natural como es la flor del clavel, al apuntar la madrugada, por los caminos vecinales, es ciertamente renovar el vigor de la existencia. Larga o corta, la vida es verdadera, como la del fruto y la de la flor, en continua alternativa de estaciones y equinoccios. También los altibajos temperamentales y el tono del ser humano sufren de esas alternativas. En puridad, se podría afirmar que vivir es luchar siempre por rejuvenecerse de nuevo aunque, pese a los augurios recientes de los hombres de ciencia y a los geniales atisbos de Shaw, en el empeño que ponemos llevemos siempre, inexorablemente, la peor parte. La victoria sobre la muerte quizá la consigan algún día otros seres a los que no será lógico que llamemos nuestros semejantes.